

El placer de estornudar

Víctor Pliego de Andrés

El estornudo es un placer liberador que en el pasado se estimulaba con el tabaco rapé. En un reciente recital ofrecido en el Teatro de la Zarzuela de Madrid, el genial barítono **Thomas Quasthoff** pidió al público que no tosiera entre los Lieder del ciclo que interpretaba, porque le resultaba muy difícil concentrarse. Le hicieron caso, a pesar de que ese movimiento espasmódico y sonoro del aparato respiratorio, en accesos violentos y casi siempre intermitentes, suele ser involuntario. La tos también es un acompañamiento característico de los conciertos madrileños. Como estoy poco viajado, desconozco si en otras plazas la concurrencia se manifiesta de forma tan ruidosa, pero quiero imaginar que no es así, aunque el maestro **Kurt Masur** ha protestado en Nueva York. En Madrid, el apogeo de la temporada musical coincide con los meses más fríos. Tal vez por eso, la tos es la manifestación natural de gripes y catarros, agravados por la proverbial sequedad y contaminación de la villa, por las alergias y por el arraigado vicio del tabaco. Se puede excusar una tos aislada y discreta, pero entre los aficionados a la música clásica parece haber una elevada proporción de enfermos respiratorios crónicos que deberían guardar cama o ser hospitalizados. Sin embargo, su irresistible pasión por la música les arrastra hasta los auditorios y salas de conciertos a pesar de sus dolencias. Ignoro si se ha hecho algún estudio epidemiológico sobre la incidencia de la música en las complicaciones respiratorias. En el cine y en el teatro esta epidemia se advierte mucho menos (no ocurre así con la plaga del telefonillo, que es universal).

La tos es una manifestación muy personal, íntima, variada y expresiva. Hay toses, tosecillas, estornudos, rinitis, broncoespamos, carraspeos, ahogos y sofocos. Pueden ser hoscas, asmáticas, húmedas, irritadas, hilarantes, explosivas, sordas, angustiadas, reprimidas o descaradas. Hay personas que al toser parece que retumban, bufan, gritan, jadean, braman, rugen, ajean, graznan o gruñen, ofreciendo una estampa más propia de la fauna ibérica que de una culta sociedad filarmónica. Algunos idean estrategias para acomodar su tos al momento que les parece más oportuno. Los prudentes esperan al final del concierto o al inciso entre los movimientos, para desahogarse a pleno pulmón con toda libertad. Los discretos se reprimen apretando la boca con el puño. Prolongan así la angustia más allá de lo necesario y de lo soportable. Están dispuestos a morir por asfixia antes que abandonar la sala y perderse una nota del concierto. Los astutos aguardan hasta que llega un *fortefortissimo* para esconder su tos entre el barullo, de forma casi siempre infructuosa. Una ingeniosa espectadora insertaba en cierta ocasión su tos seca cada vez que el maestro pasaba una página. El efecto era sorprendente: parecía que las hojas de la partitura se rasgaban. Es una ocurrencia cuyos derechos debería registrar la autora del hallazgo.

A los conciertos más caros y exclusivos asiste un público trajeado compuesto por viejos ricos, que tosen mucho y en tono ronco, seguramente por culpa de los puros que se fuman. En los conciertos populares, donde reina la informalidad y la edad media no es tan elevada, se tose en igual medida pero con timbre más argentino. Todos los aficionados, ricos y pobres, tienen la membrana pituitaria igual de sensible. La tos es democrática y todos ejercemos nuestro derecho a toser, por gusto y por salud. Como medida de prevención, algunos de los enfermos respiratorios acuden a sus conciertos provistos de caramelos refrescantes envueltos en crujientes celofanes. Los adictos a estos estrepitosos bálsamos suelen esperar a que empiece la música para abordar la delicada operación de

desempaquetado. La maniobra se ejecuta con gran parsimonia y minuciosidad, sádica delectación y aparente disimulo. Aunque existen antitusígenos suministrados en cajas de cartón, los melómanos solo renuncian al celofán en casos de fuerza mayor. Pero la peor de todas es la tos nerviosa. Aparece inevitablemente en los momentos de mayor tensión emocional, cuando la música se tensa en un pianissimo que pone los pelos de punta. Justo entonces salta una tos nerviosa que rompe la magia y provoca una inmediata cascada de toses, porque la tos nerviosa es muy contagiosa. La cosa empeora cuando otro sector del público empieza a chistar furioso, sumándose al coro. Cada cual se retrata por su aspecto, su voz, sus gestos y también, por su tos. Es como la firma: hay quienes la usan con circunspección y hay otros que hacen de ella una pintada. Las salas de conciertos están llenas de pintadas que no se ven pero que sí se oyen. Son la parte salvaje de la música. **Kurt Schwitters** lo descubrió y compuso en 1936 un *Scherzo* para estornudos.